

SUCESOS CONTEMPORANEOS.



Daniel O'Connell. — Disturbios en Irlanda.

La Europa está en espectación. El suelo retiembla en Irlanda, y la guerra parece que vá á ensangrentarla. Jamás fue mas poderoso O'Connell. A su voz, millares de pueblos se levantan y le erigen arcos de triunfo por el camino; los labradores abandonan sus arados, los artesanos sus talleres, y van en pos de él en carros, á caballo, llevando las mugeres á la grupa; por todas partes, las aldeas, las ciudades se despueblan para formar al *Grande Agitador* un acompañamiento cual no lo tienen hoy dia los Reyes, cual no lo tenían los

antiguos oradores, y que tal vez sería necesario remontarse con la imaginación hasta los anales de la Judea, para encontrar otros que pudieran comparársele, y recordar las muchedumbres fanatizadas, errantes y jadeando, con las predicaciones de los Profetas. O'Connell se pára y habla, y 500,000 hombres se paran y escuchan. Mas con sus gestos que con sus palabras, prorumpen alternativamente en aplausos y murmullos, y en terribles gritos contra sus opresores. Pero si el tribuno hace una señal, todo queda al momento en

silencio y calma: diríase que la muchedumbre atenta y sumisa, tiene como él una sola voz y un solo corazón. En nuestros días no se ha visto en parte alguna semejante espectáculo, que parece un anacronismo sublime. ¿Qué profunda emoción se ha apoderado de aquel pueblo, y cuál es el origen de la autoridad del que le dirige? ¿Qué quiere la Irlanda?

Sabido es que siete siglos hace, conquistada la Irlanda por los ingleses, ha sido tratada sin cesar, hasta nuestros días, como un pueblo conquistado; que su historia, desde el año 1169, en que una bula del Papa Adriano IV la entregó como una presa á la Inglaterra, no es más que una larga serie de sufrimientos, de constantes, pero vanos esfuerzos, por romper sus cadenas. ¿Y no es una cosa notable, la absoluta impotencia de la Inglaterra para asociarse los pueblos vencidos, hacerles olvidar sus victorias, y compartir con ellos sus costumbres, su civilización y su nacionalidad? No debe admirar que sus colonias seuden sin cesar el yugo con impaciente ódio; que la América del Norte, á pesar de la comunidad de origen, haya repudiado y rechazado, enérgicamente del lado de allá de los mares su tiránica tutela; que la India, enervada y pensativa, encadenada durante su sueño, despierta alguna vez tan terrible; se concibe que sea difícil á la Inglaterra estender tan lejos una influencia activa y sostenida. Pero que en el mismo suelo, por decirlo así, que entre aquellas playas que bañan las mismas olas, que en los reducidos límites de aquel pequeño archipiélago, donde ha plantado como un centro su orgulloso tridente, y desde donde pretende gobernar el mundo, no haya sabido ni querido, en el espacio de 700 años, conciliarse las simpatías de un pueblo, vivo, amable, accesible á todos los sentimientos nobles y generosos; que no haya conseguido ni por afezo ni por intriga, unirle á ella con ningún lazo de fraternidad; que no le haya acostumbrado á la resignación, ¿no es esto una condenación patente y severa de su carácter y de la tendencia materialista de sus instintos?

A la natural irritación de los irlandeses, después de la injusta invasión de su territorio, se unió en los siglos siguientes otro motivo de resentimiento no menos legítimo y profundo. Cuando la Inglaterra se hubo vuelto protestante, quiso imponer su reforma religiosa á la Irlanda; de allí provinieron tenaces y crueles guerras, cuyo único resultado fue aumentar los sufrimientos y la humillación de la Irlanda. Aquel pueblo desgraciado fue oprimido con grandes impuestos, precisado á pagar enormes diezmos al clero anglicano; se le prohibió el exportar el trigo, los ganados y las lanas, y se dieron leyes prohibiendo á los católicos la entrada en el Parlamento, excluyéndolos de los destinos públicos, y hasta del derecho de adquirir bienes raíces. Los irlandeses no tuvieron mas recursos para vivir, que el alquilar á precios exorbitantes los dominios de que se les habia despojado. La miseria y la corrupción fueron las consecuencias necesarias de aquella odiosa política.

El espectáculo que presenta en el día la Irlanda no

es menos deplorable, ni menos espantosa la miseria, aunque la condición política del país, sin ser lo que debería, se ha mejorado considerablemente.

La insurrección victoriosa de las colonias inglesas de la América del Norte, abrió una nueva era. Aquel gran suceso inspiró á la Irlanda mas confianza en el porvenir. Amenazadas sus costas de un desembarco y no pudiendo defenderlas la Inglaterra, organizó un ejército de 40,000 hombres, y desde aquel momento conoció la Irlanda su fuerza; pero faltábale saber el medio de servirse de ella.

La Inglaterra en lo mas fuerte de su tiranía, se habia visto precisada á dejar á los irlandeses libertades y derechos, no por generosidad de su parte, sino porque á ello le obligaban sus costumbres, sus hábitos y sus preocupaciones. Así pues, mientras ejercía sobre la Irlanda una opresión cuya iniquidad nada iguala, la imprenta era libre, y habia quedado intacto en medio de los mayores trastornos el principio de la responsabilidad de los agentes del poder ante la autoridad judicial. Verdad es que los irlandeses no podían reunirse en sus iglesias para rogar á Dios segun les acomodaba, pero eran libres de reunirse en las plazas públicas para deliberar sobre el rigor de qué eran víctimas.

Los voluntarios se sirvieron de aquellas libertades para emprender la independencia de la Irlanda. El jurado, la libertad de la imprenta, el derecho de asociación, la responsabilidad de los agentes del poder, el *habeas corpus*, se convirtieron en sus manos en armas temibles, y la Inglaterra conoció al fin que tenia en Irlanda adversarios con quienes debia contar. Los católicos fueron los primeros que obtuvieron ventajas, pues se revocaron algunas leyes opresivas dadas contra ellos.

La Irlanda tenia un Parlamento, pero que no podia reunirse sin que el Gobierno inglés supiera y aprobara de antemano los motivos. Instado por los voluntarios, el Parlamento irlandés se declaró independiente en 1782.

La Irlanda trabajó rápidamente en romper las trabas que le habia impuesto la Inglaterra, y la revolución francesa aceleró tambien aquel movimiento. El Gobierno inglés se apresuró á hacer las concesiones mas imperiosamente reclamadas por los reformadores irlandeses, tanto protestantes como católicos; pero el llamamiento que los mas ardientes hicieron á las armas francesas, comprometió su causa. La Inglaterra que habia llevado con paciencia la insurrección legal de los irlandeses, no podia sufrir una invasión francesa: defendió su conquista y sus privilegios con las armas, y la Irlanda volvió á caer bajo el yugo. Empleóse la corrupción y la violencia, y en 1800 se declaró la unión entre la Irlanda y la Gran Bretaña.

Hasta entonces solo se habia tratado en Irlanda de la independencia política; y aunque es verdad que se habian abolido muchas leyes contra los católicos, subsistian aun las que les incapacitaban de ejercer los derechos políticos. El Gobierno inglés se habia comprometido á abolirlas; pero á pesar de la formal palabra de Pitt, no se verificó por la resistencia de

Jorge III. Desde entonces alocionada la Irlanda por sus pasadas desgracias, en vez de recurrir á la violencia, empleó los medios legales que le daba la Constitución, y apeló á la imprenta y á la asociación. En 1810 se organizó en Dublin una comisión de católicos para obtener la emancipación católica; empleó la agitación sin violencia, y la resistencia sin revolución, reuniendo de este modo en torno á sí, cuantos instintos y necesidades de independencia había en Irlanda.

Pero no bastaba para triunfar el defender una causa santa, la causa de la libertad política y religiosa; necesitábase prudencia y encontrar un jefe capaz de dirigir al pueblo, que adquiriendo la confianza de la Irlanda, no alarmase por de pronto á la Inglaterra; un hombre profundamente penetrado del estado del país, conociendo sus necesidades y sus peligros, con bastante poder en la palabra para escitar en el pueblo ardientes pasiones, y bastante prudente para impedir la insurrección; que siendo tan astuto jurisconsulto como elocuente tribuna, bastante impetuoso para empujar á la Irlanda, y bastante fuerte para contenerla, supiese mantenerse en los límites de la legalidad, y defender él mismo con buen éxito ante un jurado, los excesos que había fomentado. Este hombre, este jefe, lo encontró la Irlanda en Daniel O'Connell.

Nacido en Dublin, y educado en Francia, se dedicó á la carrera del foro, donde se distinguió por una elocuencia fuerte y apasionada, y por un ardor intrépido en defender á sus correligionarios. Pronto llegó á ser uno de los directores de la asociación católica, y pocos años después su poderoso jefe.

O'Connell conoció que la Inglaterra había sometido con demasiada facilidad todas las tentativas de insurrección de la Irlanda, para que intentase en adelante conquistar con las armas la justicia que reclamaba. Permaneciendo estrictamente en los límites de la legalidad, O'Connell emprendió el dar á su país la única situación que le convenia, y tener á la Inglaterra en una inquietud favorable á la Irlanda; estableció un estado permanente de guerra constitucional, si es lícito usar esta expresión, una paz agitada sin cesar, un estado intermedio entre el régimen de las leyes y la insurrección.

En la conducta de la asociación es donde debe admirarse el genio de O'Connell. Le ha dado las bases de un Parlamento regular; está representada por una comisión central que reside en Dublin, compuesta de miembros cuyo método de elección ha variado según las circunstancias. Esta comisión, inspirada por O'Connell, se reúne con regularidad, examina las leyes propuestas, las discute, censura los actos del poder y de sus agentes, adopta resoluciones y las publica en un periódico especial. La asociación, como todos los gobiernos establecidos, cobra impuestos en cambio de la protección que dá. Ella manda y la Irlanda obedece. Desde el momento que ella lo dispone, todas las parroquias de Irlanda se reúnen, y se forman asociaciones en un mismo día en todo el país. Se establece como protectora de todos los ciudadanos, provoca y recibe las quejas de cuantos las tienen contra la autoridad

pública, los ministros protestantes ó los magistrados, y ella es la que dirige las elecciones.

Tal es la obra mas importante de O'Connell. No basta organizar, es preciso constituir y mantener. A O'Connell debe tambien la asociación el haber vencido los obstáculos que le oponia el Gobierno inglés. A su sagacidad y á su incomparable inteligencia de los rodeos de la argucia, ha debido su salvación, pues siempre ha sabido burlar el odio de sus antagonistas, y encontrar para ella la forma que el legislador se había olvidado de prohibir. «Es fácil, exclamaba un jurisconsulto experimentado, decir que es preciso prender á O'Connell y entregarlo á la justicia; pero la dificultad consiste en sorprender la falta y encontrar una ley que pueda acusarse de haber violado formalmente.» ¡Singular situación de la Inglaterra, embarazada por sus propias leyes en sus mas ardientes deseos de opresión! ¿En qué otra parte se ha de encontrar una tiranía, que tolera, en un país vencido y encadenado, la libertad de la imprenta, el jurado y el mas ilimitado derecho de asociación? (Se continuará.)

NOVELAS.

EMILIA BRON.

HISTORIA CONTEMPORANEA.

XI.

EL CAMPO DE LAS AZUCENAS.

A la salida del jardín había un arco de piedra, pasado el cual se entraba en una senda sumamente llana, con azucenas á uno y otro lado, la cual formaba una graciosísima calle, estrecha, tortuosa, dividida en varias ramificaciones, y que dando vueltas y cruzándose, iba á parar á un hermoso anfiteatro, cubierto con un fresco emparrado. Espesos y frondosos árboles cereaban aquel sitio, sobre cuyo suelo erecian en aparente desorden las azucenas y las violetas. Numerosas acacias inclinaban sus verdes ramas sobre las aguas de un cristalino arroyo, que iba á perderse en las selvas, y algunos naranjos mostraban sus verdes copas, orgullosos con las doradas frutas que entre sus hojas se veían.

Allí fue á sentarse Emilia sobre los mullidos céspedes, inquieta y pensativa, pero bella como el amor. Sus cabellos, formando varias trenzas, descendían alrededor de su cuello, blanco como la pluma de los cisnes. Su seno, cubierto con una ligera gasa, dejaba ver sus graciosos contornos, y su rostro animado por la esperanza, revelaba la pureza de su orozon y el candor de su alma.

El menor ruido; el aura que agitase los árboles; una hoja que se desprendiese de ellos; el vuelo de un pájaro; todo ponía en movimiento á Emilia, sobresaltando su espíritu, ya sobradamente conmovido.

Al fin oyó pasos, é iba á volver la cara, cuando vió caer á sus pies al mancebo que la encontró en la *Fuente de los Cazadores*, adornado con el mismo traje que entonces llevaba; y cubierta su cabeza con el propio sombrero. Emilia clavó en él los ojos, y durante un minuto sus miradas solo espesaron la turbación y la duda: sus hermosas cejas, plegándose bajo una frente tersa como el marfil, daban á sus dulces facciones, en que todavía brillaba el sello de la infancia, un carácter inexplicable, un eucanto particular y desconocido. Pero de repente se animaron sus miradas; lanzó un grito, y rápida como el viento, saltó al cuello del cazador, apretándole contra su pecho. Había visto en su mano izquierda el pañuelo con que se la vendó el día antes, y esto la impuso mejor que cuantas esplicaciones hubiera podido darle el cazador, de que su primo era él, es decir, que no existía tal primo; ó si lo había, esto nada le importaba á ella, porque el que tenía entre sus brazos era el que la regaló la liebre, el que presenció sus juegos, el que la había seguido como un perrito faldero, el que la entregó las cartas, el que la dijo que era bonita, y finalmente, el mismo que por alcanzarla un nido estuvo á pique de romperse la cabeza, además de herirse la mano izquierda.

Emilia recordó todo esto en un instante, y el placer que sintió al conocer lo mucho que la amaba el cazador, puesto que se había disfrazado para estar junto á ella, presentándose en Casa-Blanca á pedir trabajo como un simple jornalero, la hizo sin duda arrojarle á su cuello, por un movimiento involuntario. Así es que á poco, luego que echó de ver se hallaba en los brazos, sobre el seno de un hombre, hermoso y amable, pero al fin un hombre, se enrojeció su semblante como el carmin de la grana, y ligera como una centella separóse de él, yendo á sentarse á seis pasos de distancia con las manos en los ojos. El cazador se acercó á ella y le separó las manos. Emilia con las mejillas de color de púrpura sonrióse tiernamente, y él se sentó á su lado lleno de placer. Entonces comenzaron á oírse esas tiernas palabras, esas frases que salen de la boca pero que brotan del corazón, esos dulces suspiros que arroja el alma, esas protestas de un amor eterno, á que siempre dá crédito el crédulo y confiado amante.

También hablaron del porvenir, mas entonces se ennegreció la frente del mancebo, yendo á mezclarse el temor á sus mas risueñas esperanzas. Era un pobre teniente de infantería, hijo de un militar valiente y honrado, que se hallaba haciendo la guerra contra los franceses. Destinado con una partida al Condado de Niebla, hacia un mes que estaba en Moguer cuando salió á cazar, ejercicio á que desde niño fue aficionado. Su buena estrella le llevó á la *Fuente de los Cazadores*, donde encontró una jóven, hermosa como un ángel, brillante como el cielo, y fresca como las flores.

Enamorado perdidamente de ella, resolvió intentar fortuna, revelando su pasión á la bella moradora de Casa-Blanca; pero esto era sumamente difícil, ya que no imposible, porque si se presentaba en la hacienda,

se hacia sospechoso, no logrando su objeto. Además queria ver continuamente á Emilia, y esto no podia verificarse á no vivir á su lado. ¿Cómo lo conseguiria pues?..

El amor le sugirió un ardid, que puso al momento en ejecucion, dejando confiada la partida al mando de un sargento, á riesgo de perder su empleo. Visitóse pobremente, y fue á pedir trabajo al operador de Casa-Blanca; desechado por este, acudió á la tia Josefa, quien lo admitió á su servicio. Entonces se dedicó á seguir á Emilia, á espiar sus acciones, y cuando conoció que había hecho en ella alguna impresion el jóven de la liebre, escribió una carta y se la entregó luego que vió era ocasion oportuna. El éxito había coronado su estratagemá, y dueño del amor de Emilia, se consideraria completamente feliz, sino conociese que la desigualdad de posicion que entre ellos reinaba habria de separarlos, arrojándole en la mas honda desesperación.

Esto es lo que dijo Carlos á Emilia, salpicando su narracion con palabras apasionadas, interrumpiéndola con ternos suspiros, y lanzando á la heredera miradas ardientes, las cuales revelaban el fuego que encerraba su pecho.

Emilia escuchó á Carlos llena de gozo, y le dijo que desde su encuentro en la *Fuente de los Cazadores*, había perdido la melancolía que antes la dominaba; que la imágen del cazador profundamente grabada en su pecho, animó su corazon, abriéndolo á la mas risueña esperanza; que despierta, pensaba en él, y todas las noches en medio de sus dorados sueños se le aparecia radiante de belleza y de amor, yendo á tenderle sus brazos esa sombra querida; ella abría los suyos para estrecharle contra el seno, pero entonces despertaba, desvaneciéndose su dulce y grata ilusion.

Luego animó al jóven diciéndole no temiese el porvenir, porque su padre la queria mucho, y si conocia que era honrado y pundonoroso, á pesar de no tener otra fortuna que su espada, lo amaria como ella, adoptándolo por hijo. Mas para que esto se verificase, era preciso que el mancebo se portara como un militar valiente, noble, puntual en el servicio y exacto cumplidor de sus deberes. Por lo mismo, le reprendió sonriéndose la falta que por ella había cometido en abandonar su partida, y le rogó marchase sin tardanza á unirse con ella, pues se hallaba espuesto á ser castigado severamente, poniendo entre los dos una barrera, que sería difícil, ya que no imposible, saltar despues.

Carlos oyó admirado los buenos consejos de aquella niña, cuyo corazon nada sabia, pero en cuya mente brillaba la luz de la inteligencia; y al verla tan linda, al mirar sus ojos brillantes con el fuego del amor, y su rostro hermosado con la aurora de la felicidad; al ver las gracias de su persona, y al considerar las que adornaban su espíritu, no pudo contenerse, la estrechó en sus brazos, y unió sus lábios á los de Emilia. Esta inclinó la cabeza sobre el hombro de su amante, y en actitud voluptuosa y tierna, se abandonó á las caricias de Carlos, que la tenia sobre su corazon, contemplando embebido sus angélicas facciones.

Mas qué mucho? Las licenciosas auras, meciedo el tallo de las flores, besaban sus puras frentes una y otra vez: la brisa de la mañana, blandamente agitando la copa de los árboles, jugaba en las verdes hojas, cubiertas con las perlas del rocío: diversos pájaros, saltando de un arbusto á otro arbusto, y columpiándose en sus flexibles ramas, ya exhalaban tiernos quejidos, ya gorgeaban alegres y deliciosos cantos, revelando ora inefable ternura, ora vivo y dulcísimo placer: el azahar, las violetas y las azucenas mezclaban sus balsámicos olores al olor delicioso de la acacia, purificando el ambiente, y embriagando los sentidos con sus aromáticos perfumes; y el cristalino arroyo, deslizándose en el bosque con grato y suave murmullo, iba á estenderse en las campiñas como una gran faja de plata, para encontrar su tumba en el Océano.

Aquella tarde se presentó el cazador á la tía Josefa, pidiendo le ajustase su cuenta, pues se veia en la precisión de abandonar á Casa-Blanca para servir en las filas de la independéncia. La vieja, que habia tomado cariño al mancebo, sintió no poco su marcha, y lle-

vó su generosidad hasta el punto de darle tres duros mas de lo que importaban sus salarios, formando en todo una onza de oro, que repartió el jóven entre los trabajadores mas pobres y necesitados, quienes durante mucho tiempo se ocuparon del tirador de barra, admirados de su misteriosa conducta.

Cárlos vió diferentes veces á su amada en el *Campa de las Azucenas*, presentándose en la hacienda siempre que los trabajadores se hallaban con sus familias, y Margarita en Moguer, adonde solia ir con frecuencia. Emilia, cada dia mas prendada del mancebo, vivia feliz con su amor, únicamente conocido de Adela, y siempre viva y sencilla, corria al encuentro de Cárlos apenas lo divisaba, arrojándose en sus brazos. Al marcharse su amante, volvía á estrecharlo contra su pecho, derramando algunas lágrimas; pero luego iba á tranquilizarla la esperanza, y se entregaba á sus infantiles juegos, á sus diversiones campestres, á sus gratas ilusiones, y á sus dulces y dorados sueños.

J. MANUEL TENORIO.

TRAJES ESPAÑOLES.



Mujeres del Ampurdan y montañas de Cataluña.

Pocos países hay que presenten tanta variedad de trajes en sus habitantes, como España. Ya en nuestro *Semanario* hemos dado algunos dibujos representándolos, y en este núm. ponemos el que usan las mugeres del pueblo y del campo en el Ampurdan y alta Cataluña.

Usan todas, además de la saya, jubon, y delantal, según manifiesta la presente lámina, una redecilla,

que en el día la moda ha reducido mucho, y es generalmente de seda, con mas ó menos adornos de abalorios negros, según el lujo de cada una, y cuyas cintas de terciopelo negro labrado, formando un lazo, caen sobre la frente y las sienas. Unas llevan encima, un pañuelo blanco ó de colores vivos, atado debajo de la barba, con una simple lazada; otras, y en general,

todas para ir á la Iglesia, y encima del pañuelo, una capucha de tela blanca, muy almidonada, y que les llega hasta el codo; otras dando vueltas al pañuelo por debajo de la cara, llevan á atar sus puntas sobre la cabeza, y forman de este modo una especie de toca, que da mucha gracia á sus robustas fisonomías, realzadas por sus hermosos ojos y sanos colores: otras en fin, y son las mas pobres, usan solo la redcecilla por lo general, pero no asisten á la iglesia ó á diversiones públicas, sin ponerse el pañuelo ó la capucha. En el Llano de Barcelona, y los pueblos del litoral, si bien usan del pañuelo, no así de la capucha, sustituyendo á esta la mantilla: en la parte mas montañosa, usan la capucha de lana.

Por lo general llevan todas jubon de manga corta, hasta el codo, cubriendo el antebrazo con unos manguitos de punto de seda ó estambre, que llegan hasta la muñeca, cubren alguna vez la parte superior de la mano, en cuyo caso tienen solo un pedazo del dedo pulgar, y se sujetan con una cinta de terciopelo adornada de una hevilla y pasador de plata, ú otro metal, segun las respectivas facultades. Llevan al cuello una cinta de terciopelo bastante ajustada, y de la cual pende una cruz ú otro dije, y en las orejas pendientes, *arracadas*, que son de plata ú oro, y con rica pedrería algunas veces, en especial esmeraldas y rubíes, y de un grandor y peso extraordinarios, especialmente en las casadas, que suelen sostenerlas ademas con un pequeño cordón negro que se sujeta por encima de la oreja, pues de otro modo su peso les rasgaria, y les rasga algunas veces, los agujeros en que van metidos.

Tal es en resumen el traje comun de las payesas y menestralas catalanas, y del cual se podrá formar una cabal idea, por el dibujo que presentamos, copiado del natural. Las formas muy pronunciadas de las catalanas, y que quedan al descubierto con su traje ceñido al cuerpo; su elevada estatura y sus hermosos rostros, unido al aseo que generalmente se observa en su modo de vestir, les dan cierto aire agradable y pintoresco. Bien puede asegurarse que no hay provincia alguna en España donde las mugeres vistan con tanta decencia y lujo como en los pueblos de toda la costa de Cataluña y sus inmediaciones, desde la embocadura del Ebro hasta el cabo de Creus.

POESIA.

AL TORMES. (1)

¿Qué tienes, Tormes, que gimes
De mis ayes al compás?
¿Por qué tus quejas imprimes
En las guijas por do vas?..
Tus lamentos,
Claro río,

(1) Nace de una fuente en el lugar de Tormellas, rodeado de las sierras del Barco de Avila, y engrosado por otros ríos va á perderse en el Duero.

En son triste dá á los vientos:
Yo desde el bosque sombrío
Te contaré mis tormentos,
Y tú correrás parlero
A referirlos al Duero.

¿Recuerdas, Tormes, acaso
Tu ya perdida grandeza?
Yo pienso, de dicha escaso,
De mi suerte en la esquivaza.

¿A dó fueron
Tus almenas?

Cayeron ay! cual cayeron
Las ilusiones amenas
Que un tiempo me sonrieron...
Corre, Tormes, y parlero
Nuestro dolor narra al Duero.

Desierta y pobre tu vega,
Solo ruinas ofrece...
El llanto mi rostro anega,
Y mi frente palidece.

Tú perdido
Entre arenales,

Alzas doliente quejido;
Lloro yo mis hondos males
Con el corazón partido...
Corre, Tormes, y parlero
Nuestro afán refiere al Duero.

Si abandonaste tu cuna,
Yo mi patria abandoné,
Y al rigor de la fortuna
Insensato me entregué.

Si admirado
El Tormellas,

Nacer te vió entusiasmado,
Grabé mis primeras huellas
Yo en un país encantado...
Corre, Tormes, y parlero
Di nuestras cuitas al Duero.

Tú dejaste el patrio seno
Por los llanos de Castilla,
Y yo de ventura ageno
Vine á vagar por tu orilla.

Si te viste
Poderoso

Y manso y feliz corriste,
Yo algun tiempo fui dichoso
Como tú tambien lo fuiste.
Corre, Tormes, y parlero
Di nuestras penas al Duero.

Dilas, Tormes, que tu hermano,
Respondiendo á tu clamor,
Las contará al lusitano
De los vientos al rumor.

Precipita
Tu onda pura;

Ohi! de mi frente marchita
Al soplo de brisa impura,
Los negros pesares quita,
Y corre despues parlero
A revelarlos al Duero.

J. M. TENORIO.

Salamanca, Junio 1848.

ANTIGUEDADES ESPAÑOLAS.



Arco de Trajano en Mérida.

Sin fundamento creen algunos que Mérida debe su fundación á Tolal, que la llamó Morat, y fijó en ella su residencia como punto céntrico é intermedio de los tres reinos, en que parece dividió la España, y la repartió entre sus tres hijos, 148 años despues del diluvio. Pero dejando estas suposiciones, como otras de las muchas vulgaridades con que se oscurece la historia, y no conviniendo además á nuestro objeto, pasaremos á dar una noticia sucinta del origen de Mérida, segun Bartolomé Moreno de Vargas, en su obra escrita en 1633, y D. Antonio Ponz en su viaje por España.

Concluida por Augusto César la guerra cantábrica, y sujetas ya todas las demas provincias, concedió á sus soldados *améritos* una porcion del pais de la Bética y Lusitania, con el objeto de que fundasen una colonia; lo que verificaron en Mérida 23 años antes del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, y la llamaron *Emerita de Augusto*, ó sea *Emerita Augusta*, nom-

bre compuesto de los fundadores y de su Emperador Augusto que la mandó edificar, siendo desde entonces capital de la antigua provincia *Lusitánica*. Esta ciudad que fue grande, magífica y poderosa en tiempo de los Romanos, no lo fue menos en el de los Godos, que la tomaron por corte, hasta que en los reinados de Witiza y D. Rodrigo, por los años desgraciados desde el 701 al 715, en que se abrió las puertas á los moros, todo dejó de existir por la asolacion mas espantosa. No obstante, á través de esta espesa nube de azares, destruccion y contratiempos, conservaron con orgullo su cabeza erguida los edificios romanos que hoy existen, como si amenazasen al destructor; y sea por asombro respetuoso, ó por casualidad, Mérida es de las poblaciones que encierran infinitos monumentos, que merecen conocerse y ser descritos tal como estan en nuestros dias, para que la posteridad no carezca de su noticia, ya que envueltos en otra catastrofe que nada respeta, si pereciesen sus formas, se conserve al menos para siempre su memoria.

Entre los monumentos de esta antigua ciudad, es el mas ostentoso el del Arco triunfal, dedicado á Trajano, segun se cree, y va al frente de este artículo; pero oigamos antes de decir nuestra opinion, lo que nos cuentan de él los historiadores.

Dice D. Sebastian de Miñano en su Dictionario geográfico publicado en 1827.—« En medio de la ciudad existe un magífico arco triunfal, que hoy llaman de Santiago, y de disformes piedras sillares, pero en el dia le falta el adorno de mármol, que segun noticias, tenia antiguamente, y estaba dedicado á Trajano.»

D. Antonio Ponz en su viaje de España publicado en Madrid, en el tomo 8.º, carta 4.ª párrafo 32 y 33, dice:—« Igualmente suntuoso es un arco de trofeo, que ahora llaman de Santiago, por estar cerca de aquella parroquia, de mas de 40 pies de alto, su vano de 36 á 38, y casi de 20 su grueso: aunque al presente está despojado de adornos, es regular que los tuviese magníficos, conociéndose tambien los agujeros donde estaban los garfos para colgar los trofeos. Todo él se vé fabricado de piedras sillares, y algunas son enormes: tal cual permanecé causa un efecto maravilloso.» Dicen que hubo otro enfrente de este, en el alto que llaman *Cimbron*, hácia el oriente de la ciudad, infiriéndolo de algunos fundamentos que allí se descubren: estan uno y otro á estremos de una principal calle, etc. etc.

Mr. de Laborde, en el viaje pintoresco por España, que publicó bajo la proteccion del Príncipe de la Paz, nos dá una lámina soberbia del espresado arco; pero si se compara con el corte ó perfil geométrico, que luego nos presenta mas adelante, se verá falta de exactitud y precision en la perspectiva del primero, segun las formas lineales del segundo, que es el que se aproxima á la verdad. Pero con sentimiento advertimos, que ni numera la estampa para llamarnos á la descripcion, ni nada absolutamente dice de este soberbio monumento. Segun las noticias que adquirimos en la misma Mérida, la invasion francesa le obligó á fugarse, como se dice vulgarmente á una de caballo, cuando estaba concluyendo de copiar dicho monumen-

to, al cual miró con tanto respeto y aprecio, que según se dice, al marcharse, se prosternó y besó aquellos restos triunfales con un entusiasmo verdaderamente supersticioso.

D. Bartolomé Moreno de Vargas, en la historia de Mérida, que escribió el año de 1633, dice en el capítulo 8.º, párrafo segundo:—«El edificio mas entero, y pienso mas excelente, que tuvo Mérida, fue el soberbio Arco Triunfal que está en pie, y es tan grande, que no se conoce haber habido otro mayor ni igual en Roma ni en parte alguna del mundo. Llámale arco de Santiago, á imitación del Iris, que se vé en el cielo, ó por la Ermita de Santiago que le cae muy cerca. Su fábrica es de grandes sillares, tiene altor mas de 47 pies, y de diámetro 21, y de ancho 42. Comunmente se dice y así lo refiere (1) Ambrosio de Morales, que le hicieron los Romanos para colgar en él los trofeos de la ciudad y de sus capitanes valerosos, cuando de las guerras venian vencedores, y se les concedía el triunfo. Mas como es cierto que nunca fuera de Roma, se permitió la celebracion de los triunfos, entiendo que este arco se hizo en honor y memoria del Emperador Trajano, así porque fue español, como por los muchos beneficios que de él habian recibido los de Mérida, pues por su orden se hizo la parte del puente que está contigua al muro en Guadiana, con el *tajamar* que estaba en medio del rio, y la puente de Albarregas, y los acueductos (que el vulgo llama milagros); y él mandó reparar las calzadas y vias militares, que todas fueron obras grandiosas y soberbias, y de la arquitectura y forma de la puente de Alcántara y de otras fabricas de este Emperador, á quien en Roma habian levantado un suntuoso arco (2), y Mérida á su imitación, hallándose agradecida y beneficiada, le fabricó este arco, y mucho mayor que el de Roma, como no solo le hizo lisonja, sino que ostentó el amor que le tenia, etc.»

Las dimensiones de este arco son, 48 pies castellanos de elevacion desde el perimetro al seno del arco, 28 pies de abertura desde el uno al otro pilar, y 22 pies y 10 pulgadas de una á otra fachada.

Segun nuestro modo de entender, comprendemos que es obra del mejor tiempo del Imperio, por estar formado con solo el engrave y aplomo de los sólidos ó sillares, sin ninguna clase de argamasa que ligue las enormes piedras de que se compone; esto y la tradicion, son los únicos datos para creer se dedicase á Trajano; pues como ninguna inscripcion se conserve, ni tampoco nos lo acredite moneda alguna, no creemos parezca raro el que no nos decidamos abiertamente á probar que fue obra de aquel célebre Emperador, nacido en nuestra antigua *Itálica*, ni tampoco que se dedicó á él.

Pero este monumento, según sus dimensiones colosales, es uno de los arcos de triunfo mas bellos por su gallardía y pureza de líneas, y mas atrevidos del tiempo romano, que existen y merece conservarse con esmero en nuestro suelo.

IVO DE LA CORTINA.

(1) Moral. lib. 9. C. 22.

(2) Greg. *Mérida ex Diana in vita Trajani. Triumphantis tunc orcus praeter oia multa, etc etc.*

MISCELANEA.

MAXIMAS Y PENSAMIENTOS MORALES.

Los cortesanos se parecen á las flechas que sirven para marcar en el juego, cambian de valor, según quiere el que las usa.

La casa mas feliz es la que no debe sus riquezas á la injusticia, que no los conserva por la mala fé, y que no tiene que arrepentirse de su modo de gastarlas.

La ciudad mas civilizada es aquella, en que todos los ciudadanos sienten la injuria que se hace á uno de ellos, é instan por su reparacion, lo mismo que el que la ha recibido.

La sociedad está bien gobernada, cuando los ciudadanos obedecen á los magistrados, y estos á las leyes.

Teme la voluptuosidad; es la madre del dolor.

La probidad es mas fiel que los juramentos.

No te apresures ni á hacer nuevos amigos, ni á dejar los que tengas.

Mientras vivas, procura instruirte; no creas que la vejez lleva consigo todo el entendimiento.

Quando en un reino se gana mas haciendo la corte, que cumpliendo con su deber, todo está perdido—
MONTESQUIEU.

ADVERTENCIA.

Las circunstancias extraordinarias en que se ha encontrado y se encuentra la Capital, impidieron la impresion de este número, y su reparticion en tiempo oportuno. Venciendo graves dificultades, y valiéndonos de operarios que no estan obligados al servicio de las armas, hemos logrado al fin poder publicarlo, aunque con una semana de atraso. Estamos seguros de que nuestros suscritores, apreciando lo difícil de las circunstancias, disimularán una falta que no ha estado en nuestra mano remediar, así como deben estarlo, de que el retardo en nada perjudicará á la entrega de los números que les corresponden.

(N. de la D. del S.)